

¹ Este texto fue originalmente publicado como “Introducción” al libro de Rómulo Mandiola, *Francisco Bilbao y sus pa-negiristas*, Santiago, Imprenta de ‘El Estandarte Católico’, 1876, 2 vols., vol. I, pp. V-XVII, de donde lo hemos tomado. El libro de Rómulo Mandiola parcialmente y por entregas había sido publicado con anterioridad en *El Estandarte Católico* del mismo año, pero el libro aparece fechado en “Santiago, a 18 de febrero de 1877”.

² Así como el libro de Zorobabel Rodríguez había respondido a la iniciativa de Fermín Vivaceta en 1872, el libro de Rómulo Mandiola viene a responder a la renovación de la iniciativa por parte de Guillermo Matta: “Hase renovado en el extremo norte de la república, en la ciudad de Copiapó, un proyecto que cuatro años ha dieron a luz varios miembros de una sociedad de artesanos en Santiago y que en épocas anteriores había germinado ya en la mente de varios individuos. Ese proyecto es el de elevar una estatua a Francisco Bilbao, socialista y revolucionario chileno que se estrenó en la vida pública atacando calorosamente las enseñanzas de la Iglesia Católica [...]. La erección de una estatua es uno de los más altos honores públicos que sea posible tributar a un ciudadano y yo me he preguntado si

CRESCENTE ERRÁZURIZ

Francisco Bilbao, por Rómulo Mandiola. Introducción¹

El proyecto formado en Copiapó, bajo los auspicios y quizás a indicación del Intendente de Atacama, don Guillermo Matta, de levantar una estatua a Francisco Bilbao, dio origen al bello libro a que estas líneas deben servir de introducción.² Don Rómulo Mandiola sintió hervir su sangre de católico y de copiapino ante la injuria que en su ciudad natal se quería hacer a sus creencias y recogió el guante que a la religión arrojaba la impiedad; porque, si bien se mira, en la apoteosis de Bilbao no hay otra cosa que odio al catolicismo.

Francisco Bilbao tenía los títulos necesarios para merecer tal distinción”. Se lo ha preguntado, dice Mandiola, y al final de su libro se ha contestado así: “Bilbao no fue ni un genio, ni un héroe, ni una gran inteligencia ni cosa que lo valga; tuvo la desgracia de elegir malos amigos y malos libros, y se extravió su inteligencia y olvidó lo poco que sabía olvidando su catecismo; jamás estudió la religión que con odio encarnizamiento combatía y en todos sus ataques reveló supina ignorancia de la historia y la doctrina de la Iglesia; llamábase liberal y fue intolerante; buscó más que todo el aplauso y, diciéndose muy amigo del pueblo, jamás hizo nada práctico que mejorase su situación; orador elocuente, como escritor fue nulo; revolucionario, peleó en muchas partes sin vencer en ninguna; inconsecuente consigo mismo, hizo el papel de Penélope sin lograr formar escuela en ningún terreno; vivió creyéndose el más grande de los hombres, y después de su muerte tuvo la desgracia de que escribiese su panegírico un hermano y de que más tarde tratasen de elevarle una estatua aquellos de quienes él toda su vida detestó: los fariseos liberales” (pp. 421-422).

Francisco Bilbao debió en vida su celebridad al encarnizamiento con que atacó a la Iglesia. Esos ataques cada vez más furibundos llegaron a constituir el objeto principal de sus escritos. Y cuando se hubo enseñoreado de todo su ser la terrible pasión del odio a la verdad revelada, la impotencia de sus esfuerzos lo sacaba de tino y lo colocaba en situación muy semejante a la del monomaniaco. Sólo así se explica que casi no haya verdad católica que este pigmeo vanidoso no pretendiera destruir; que ni uno de sus ataques deje de estar revestido con el encarnizamiento y aún de la grosería del hombre que ya es incapaz de medir las palabras.

Fuera de la impiedad, ¿qué cosa notable se encuentra en la vida de Francisco Bilbao?

Escritor, ni siquiera medianamente poseía el idioma, y, creyendo que cada una de las fantasías de su imaginación iba a convertirse en modelo literario al pasar al papel, estampaba a menudo frases sin sentido, inexplicables desatinos en forma de sentencias sibilinas.

Quien desee convencerse por sí mismo de lo que aseguramos abra cualquiera de las obras de Bilbao y lea a la ventura una página cualquiera: es imposible que no tropiece en ella con cuatro o cinco de esas muestras del desarreglo cerebral a que suele conducir el desmedido orgullo unido a una inteligencia mediocre. *Los boletines del espíritu*, por ejemplo, folleto que conmovió a la sociedad de Santiago sólo por la audacia entonces inaudita con que se proclamaban los más groseros errores sociales, es de principio a fin, sin exceptuar el título, el parto monstruoso y ridículo de un cerebro destornillado.

¿Qué ramo de la ciencia cultivó Bilbao? Ninguno.

¿Cuál de sus discursos puede colocarlo entre los oradores notables? Aguardemos que respondan sus admiradores, porque inútilmente lo hemos buscado nosotros.

Pero, al menos, este hombre que presumía de tribuno del pueblo; que llevaba la fatuidad hasta creerse el apóstol de una nueva doctrina regeneradora del mundo; este personaje a quien hoy nos presentan como el más apto para enseñar y llevar a cabo la revolución social, ¿fue siquiera un político o un hombre de acción? Don Benjamín Vicuña Mackenna, como testigo ocular se ha encargado no ha muchos días de responder a esta pregunta.³

Era el 8 de noviembre de 1850. La revolución había estallado en San Felipe y todos esperaban o temían que lo mismo sucediera de un momento a otro en Santiago. Encontrábanse reunidos en la imprenta de *El Progreso* tres de los jefes del partido opositor, tres hombres de acción, tres

³ Alusión a "¡Cosas de Chile!", publicado en el diario *El Ferrocarril* de Santiago el 8 de octubre de 1876, reproducido en este mismo número de *La Cañada*.

conspiradores. Uno de ellos era Francisco Bilbao, el creador de la Sociedad de la Igualdad, el tribuno del pueblo. Esos tres hombres discurrían acerca del modo como podrían auxiliar el movimiento revolucionario:

“De improviso, Pedro Ugarte, que donde quiera que se presentase dominaba, interrumpió su diálogo con Alemparte, flojo en unos momentos, fiero y agitado en otros, y volviéndose brusca-mente a Bilbao, díjole con viveza:

– ¿Qué necesita usted don Francisco para levantar el pueblo de Santiago y sostener a San Felipe?

– ¡Una sola cosa! Respondió el tribuno con la flema de un estoico.

– ¿Y qué cosa es esa? replicó Ugarte, rápido como el relámpago.

– Que se declare en estado de sitio la ciudad, contestó Bilbao, y esta noche prometo reunir seis mil igualitarios en la plaza que está a nuestros pies, para imponer al gobierno y hacerlo cambiar su política y su candidatura”.

Precisamente en esos momentos el gobierno accedía, sin saberlo, a los deseos de Bilbao. La ciudad estaba declarada en estado de sitio y horas después el movimiento de las tropas, algunas prisiones y no pocas visitas domiciliarias alarmaban a todo el vecindario de la capital.

Los conspiradores habían dado a don Benjamín Vicuña, entonces casi niño, una comisión. Ante el nuevo aspecto que las cosas tomaban y con la profunda impresión que las palabras de Bilbao habían hecho en su imaginación infantil, creyó preciso ir a tomar nuevas órdenes del tribuno, quien, sin duda, necesitaba auxiliares fieles y abnegados para llevar a cabo su grande empresa. ¡Santiago se hallaba en estado de sitio, y sólo eso había exigido Bilbao para reunir en torno de él seis mil hombres y derrocar la tiranía!

Llega Vicuña a casa de Bilbao, obtiene de la familia que le revele el lugar donde el tribuno se oculta, y se dirige allí presuroso. Va a encontrarse en el centro mismo de la conspiración; va a ver al valiente y denodado revolucionario que, sereno en la hora del peligro, ejecuta un plan anteriormente combinado: ¡en ese instante se prepara, sin duda, Bilbao para ponerse a la cabeza de sus seis mil hombres!

Vicuña es introducido, en fin, a presencia del héroe. ¿Cuál es el espectáculo grandioso que se ofreció a su vista?

Oigámoslo a él mismo:

“Estaba éste (Bilbao) sereno y dueño enteramente de sí mismo, pero disfrazado de mujer y tras de las cortinas de una ancha cama de matrimonio, con sombrero de flores de lienzo en la cabeza, por el estilo de los que entonces se usaban en París como en Santiago y que encerraban dentro de un marco todo el rostro. Lo que más extraño parecía era que Bilbao, teniendo la cutis sumamente blanca y limpia, los ojos azules y hermosos y una cabellera profusa hasta la extravagancia, representaba a lo vivo el papel que ahora le cabía, al punto que el airoso triunviro de la tarde, me pareció una ruborosa miss inglesa, embarazada un tanto por la hora, el sitio y el sexo de la cita”.⁴

¡Y bien! Creemos que el gobierno hubiera decidido hacer pasearse por la Alameda en ese traje al Aquiles chileno y haber convocado a los seis mil igualitarios para presentarles en la delicada miss a su ilustre jefe; y después... haber dejado a Bilbao en libertad.

Francisco Bilbao tenía, pues, todas las cualidades negativas que han menester los héroes de la impiedad, y su nombre era aclamado por nuestros libres pensadores de papel de estraza. Sin embargo, todavía no era acreedor de una estatua. Esta honra la ha conquistado con su muerte.

Hacer gala de impiedad va siendo ya una cosa no rara en los que a todo trance buscan la celebridad y no pueden alcanzarla por sus talentos; pero morir como dicen que murió Bilbao es de veras excepcional. Ver llegar los últimos instantes con una sola preocupación: el odio a la Iglesia llevado al paroxismo; poner bajo la almohada que va a recibir el postrer suspiro un revólver para asesinar al sacerdote que intentara hablarle de religión: he ahí una idea filantrópica del todo nueva y que da la medida cabal de los arbitrios a que el hombre habría recurrido para salir victorioso en su lucha civilizadora, si hubiera logrado adueñarse del poder... en los momentos en que recurría al disfraz de señorita.

En la hora del peligro disfrazarse de mujer, en la hora de muerte temblar ante la idea de ver un sacerdote y prepararse para asesinarlo... eso se llama Francisco Bilbao. Con tales hazañas ha adquirido títulos eternos a la gratitud de la impiedad; así se explica el culto que ella le profesa.

Don Rómulo Mandiola, al comenzar y llevar a cabo la obra que hoy publica, conocía perfectamente cuanto hemos apuntado y estaba convencido de que en Bilbao no encontraría ningún error nuevo, nada que llamara la atención. Pero, lejos de ver en esto un inconveniente para hacerlo objeto de detenido estudio, vio con razón una gran ventaja.

⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, literalmente dice: “...embarazada un tanto por el exceso, la hora y el sitio de la cita”. Como un cogollo para la risa, añadamos de nuestra cosecha que don Benjamín, después de ser tomado prisionero como consecuencia de su involucramiento en la revolución del 20 de abril de 1851, dice él mismo en su Diario que el 4 de julio “salí de mi prisión disfrazado de mujer a las 7 y media de la noche...”.

Bilbao puede compararse a una esponja, que debe la forma y el volumen a los numerosos errores que ha bebido a la incredulidad: exprimida, salen de ella esos mismos errores, sin cambio alguno, sin que la esponja haya sido capaz de añadirles lo más mínimo, de darles siquiera color diverso del que tenían. Refutando a Bilbao, se refuta, pues, a la generalidad de los incrédulos, y se pasa fácilmente en revista la colección de los errores y de los absurdos que forman el arsenal de los enemigos de la Iglesia.

Así lo ha hecho Mandiola. Olvida sin trabajo a Bilbao, al propio tiempo que muestra el lugar donde aquel ha ido a copiar sus ataques y que da al lector la respuesta victoriosa de la verdad. Las injurias y calumnias más universalmente dirigidas contra la religión se encuentran, por lo tanto, refutadas en el presente libro: de ahí su inmensa utilidad.

La mayor parte de los hombres carecen de los conocimientos y del tiempo necesario para dedicarse a investigar con fruto la mejor manera de refutar las acusaciones que se dirigen más comúnmente a la Iglesia. Ellas han sido mil veces contestadas; pero las contestaciones se encuentran esparcidas en diversos libros que no están al alcance de la generalidad de los lectores. Mandiola ha procurado reunir las en su obra y amenizar un estudio, de ordinario árido y enojoso.

Si, a juicio nuestro, lo ha conseguido no tenemos para qué decirlo; pues lo hemos inducido a hacer un libro de [los] artículos que en el principio fueron escritos únicamente para *El Estandarte Católico*.⁵

Ello y el nombre del autor hacen innecesarias las alabanzas, que siempre nos han parecido por lo menos de mal gusto a la cabeza de un escrito.

⁵ *El Estandarte Católico* era dirigido por el propio Crescente Errázuriz.